

IVARITO: UN NOVILLERO EN JARAGUAS

A LA MEMORIA DE IVARITO, FALLECIDO JUSTAMENTE CUANDO SE ESCRIBÍAN ESTAS LÍNEAS (8 DE JULIO DE 2023).

ENRIQUE AMAT CASARES

Joaquín *Ivars Ivarito*, nacido circunstancialmente en Orán (Argelia) en 1933, pero criado en La Torre de Utiel y Utiel desde que tenía tres meses, fue un torero de gran afición. Comenzó a torear en la parte seria de los espectáculos cómico-aurinos El Empastre y Llapisera. Tras foguearse en muchas localidades de la zona, su primera novillada sin picadores la toreó en Santa Eulalia del Campo (Teruel) en 1956. Siguió actuando mucho por las plazas de la comarca y en 1957 debutó con picadores en Utiel. Aquel día mató un encierro de Concha y Sierra alternando con Jose Gómez *Cabañero*, Abelardo Vergara y Adolfo Aparicio. Volvió a torear con caballos en plazas como Utiel y Algemesí, entre otras, consiguiendo notables éxitos.

En Utiel se fundó una peña en su honor y el compositor José Ibáñez le dedicó un pasodoble famoso, que comenzaba con la siguiente estrofa: «*Ivarito gran torero...*»

En su cuadrilla actuaron toreros importantes como Francisco Marín, *Graneret* y Marzal y picadores como Montoliu y Manosduras.

Luego, emigró a Alemania en busca de mejor fortuna y de cara a ganar dinero para seguir toreando, pero un encuentro casual determinó que se dedicase finalmente a la industria del mueble. A su regreso fundó una importantísima empresa en Paiporta denominada Creaciones Royal, que fue todo un referente en la industria del mueble valenciano.

Ivarito en su obra autobiográfica *Ivarito, historias de un torero*, narra con emoción y cariño su estancia de niño en Jaraguas.

Al final de la Guerra Civil, y una vez sus hermanos Vicente y Pepe se fueron a Gandía a trabajar de peluqueros y Paco a Cheste, donde también estaba colocado en una peluquería, su padre se trasladó a Jaraguas con su madre y su hermana. Su padre era practicante y los lugareños, al haber por entonces mucha miseria, pagaban las igualas a fin de mes como podían en especies: con pan, huevos, verduras o lo que hubiera a mano.

Joaquín trataba de ayudar a sus padres yendo a por hierba para los conejos, cortando leña y haciendo diversos recados. También se hizo amigo de todos los niños de Jaraguas. Se entretenían jugando al fútbol con pelotas de trapo y a veces descalzos, para no romper las alpargatas. También paseaban por la rambla Albosa y se refrescaban en las numerosas

fuentes de la localidad. Corrían y jugaban al escondite por los recovecos de sus calles y no paraba de ayudar en casa recogiendo basura, que luego la vendían para el abono de las viñas. Para ello, se construyó un cajón con dos palos y una rueda de hierro. Un carrito sui géneris para recoger boñigas que luego se mezclaban con paja de la era para abono. Recuerda que se pagaba a una peseta la espuerta. En la época de las siembras y de la trilla se levantaba a las cinco de la mañana para ser el primero en recoger el estiércol que dejaban los machos al salir al trabajo y adelantarse de esta forma a sus compañeros y hacer más pronto el basurero.

Durante aquellos días, la mujer de su hermano Pepe se quedó embarazada y se fue a vivir con ellos. Nació su sobrino Pepín y, como la madre de la criatura se tuvo que volver a Valencia, de cara a obtener leche para el recién nacido, su padre cambió la iguala que le tenía que pagar un pastor, por una cabra con el fin de tener la leche para poder así dar de comer al niño. Ivarito alimentaba a la cabra y la sacaba a pasear. Así pues, su calendario diario era ir antes de la escuela a recoger estiércol y la hierba fresca de la mañana; después colegio y tras la escuela ir a traer la leña y atender la cabra.

También trabajó en la época de la siega: llevaba agua a los segadores, se subía al trillo y aventaba la parva... En el campo hizo de todo: labrar, cavar, hacer hoyos en la viña, esrayolar, vendimiar y especialmente sarmentar, que como le cundía mucho era llamado para esta faena por los propietarios de Jaraguas.

Como había familias que no podían ni pagar la iguala a su padre, a cambio dejaban al niño Joaquín cavar tierra de ellos para plantar cebollinos para la rosa del azafrán. Había que tener cuidado con los topes que se comían los cebollinos y una vez le gastaron los dos hermanos una broma a su padre enterrando montones de piedras para simular que fueran topes. Se desveló la broma cuando el tío *Platicante* cogió la azada y excavó y vio las piedras.

Por aquellas calendas, uno de los terratenientes de Jaraguas tenía fama de ser muy duro y exigente y no quería la gente trabajar con él. Éste, al saber de Joaquín, al que llamaban «*el hijo del tío Platicante*», fue a buscarle porque sabía de su fortaleza y afanes trabajando a destajo. El primer día que fue con él al campo, recuerda Joaquín que le sacó en un rato veinte cepas de ventaja. El futuro novillero se sentaba a esperar que el propietario cogiera

la otra hilá y así todo el día. Al día siguiente, el propietario le dio a conocer todas las viñas para que fuera a la viña solo y se comprometió a sarmentarle todas las cepas. El jornal era por entonces de cinco pesetas, pero le daba siete pesetas más la merienda que era medio pan blanco amasado caseramente y tres o cuatro tajás de cerdo.

Desde Jaraguas, Ivarito iba también a las fiestas de Utiel en un carro con sus amigos jaragüenos. En su pueblo natal disfrutaba y no veía la hora de regresar. Por eso, se quedaba hasta muy tarde y acababa volviendo andando, ya entrada la noche. Como conocía las viñas, iba por los atajos, pero aún así no dejaba de hacer diez o doce kilómetros en su camino de regreso. Del frío que hacía le salían sabañones en los pies, que los curaba con manteca de cerdo y vendándose los pies, además de ponerse dos pares de calcetines y dos pantalones. Para las grietas de las manos que salían con el frío lo que hacía era orinarse en ellas, remedio local por aquella época.

Asimismo, como su padre conocía a un músico de Jaraguas, Ivarito a sus diez años aprendió a tocar la bandurria y la primera canción que interpretó fue la obra titulada «*La casita de papel*» y otras piezas famosas de aquella época. Le llevaban a las matanzas de los cerdos, donde tocaba y la gente bailaba con su música. Como pago, le daban un arreglo de cerdo para sus padres, un talego con morcillas, longanizas, tocino y morro; todo un tesoro gastronómico que le venía muy bien a la familia.

En sus últimos tiempos en Jaraguas, con catorce años, iba a vendimiar con su madre, cuñada y hermano. Trabajaba de cuevanero sacando los serones de uva con parihuelas al carro. Era muy fatigoso, pues no tenía la fuerza de una persona mayor, y tenía que descansar varias veces antes de llegar al carro. Pero había que trabajar y como eran cumplidores no les faltó el trabajo.

Esos son los recuerdos de la infancia en Jaraguas de este célebre novillero.

Para saber más: IVARS ABARCA, Joaquín. Ivarito: historias de un torero. Valencia, Avance Taurino, 2013, 245 p.

